

encargo de la sagrada congregacion que le ordenaba hacer consagrar al Padre Sanz. En consecuencia fue ordenado obispo de Mauricastre, á pesar de su oposicion, por el prelado de Namkin, asistido de los de Pekin y Macao. Sirvió este ascenso para encender mas y mas el celo del nuevo prelado por la propagacion de la fe, pero los satélites del perseguidor no le permitieron un momento de tranquilidad, y el obispo de Mauricastre se vió precisado á retirarse con otros treinta y cinco misioneros á Macao, ciudad de China sujeta á los portugueses. Seis años enteros permaneció en esta ciudad, empleando todo este tiempo en el servicio de la mision segun se lo permitian las circunstancias. Distante de sus amados discípulos de Fo-Kien, los llevaba siempre en su corazon. No se contentaba con rogar continuamente por ellos, sino que les escribia con mucha frecuencia para instruirles y consolarles con la esperanza de que Dios no los abandonaria, y le concederia á él la gracia de verlos otra vez y vivir entre ellos.

5. Entretanto los mandarines hacian fijar por todas partes carteles llenos de blasfemias, que atacaban al mismo tiempo el honor debido á Dios y la reputacion de los misioneros y de los demás cristianos. En vista de esto juzgó el celoso obispo de Mauricastre que no le era permitido callar, y despues de haber consultado con el ordinario de Macao publicó una Apología del cristianismo, en que demostraba con la mayor claridad la pureza, santidad y divinidad del Evangelio; la probidad é inocencia de sus predicadores, y la conducta irreprochable de los que abrazaban sinceramente la fe. Opuso en

todo este escrito la evidencia de la razon á las injurias de los enemigos; la luz á las tinieblas; la verdad á la mentira, y la mas tierna caridad al torrente de hiel esparcido en los mencionados carteles. Logró el santo apologista con la sabiduría y moderacion de su obra lo que deseaba; porque si no se estinguió enteramente el furor de la persecucion, al menos se amortiguó en algunos lugares, y pudo el obispo de Mauricastre salir de Macao y volver á Fo-Kien.

Acompañado, pues, de sus cuatro cohermanos, los padres Francisco Serrano, obispo de Tipisa, Joaquin Royo, Francisco Diaz y Juan Alcover, animados todos de un mismo espíritu por la propagacion de la fe, emprendió el venerable prelado con nuevo fervor todas las fatigas y se abandonó á todos los peligros del apostolado. Repartiéronse en diferentes lugares los operarios evangélicos, trabajando sin embargo de concierto en la conversion de los infieles. Innumerables chinos de toda edad, sexo y condicion abrazaron entonces la fe, y se vió entre aquellos pueblos el raro ejemplo de una multitud de vírgenes consagradas á Dios profesando públicamente la regla de la tercera órden de Santo Domingo. La ciudad de Fo-gan y toda su jurisdiccion estaba llena de cristianos, cuyo fervor y pureza de costumbres renovaron en nuestros dias y en medio de un reino idólatra el tenor de vida de los primeros fieles de Jerusalem y Alejandria. El estado de aquella iglesia bajo la conducta del obispo de Mauricastre y de sus cuatro co-operadores, era demasiado floreciente para que dejase de escitar la envidia del infierno: para turbar aquella

santa páz sirvióse el enemigo comun de la sórdida avaricia de uno de sus esclavos. Un jóven idólatra, hijo de un sábio y celoso cristiano, dió la señal de la nueva persecucion mas sangrienta que todas las antecedentes. Dotado por desgracia de un brillante ingenio, é instruido á fondo del estado de la iglesia cristiana, porque se esperaba verle caminar por las huellas de su padre, reunia todas las circunstancias que mas podian perjudicar á los fieles. Irritóse de tal manera porque algunos cristianos le negaron un favor que les habia pedido sin ofrecer ninguna seguridad, que marchó inmediatamente en busca del gobernador de la provincia, cuyo ódio contra la religion tenia bien conocido; le espuso vivamente que los cristianos se aumentaban cada dia mas y mas, que existian en la provincia muchos misioneros europeos, y se ofreció á descubrirles sus nombres, los lugares que frecuentaban y las casas donde tenian su ordinaria residencia. No hizo caso el traidor de que envolvia en su infernal maquinacion á su propio padre y á toda su familia, esponiéndolos á una ruina inevitable: cególe su desenfrenada pasion, y el gobernador se sirvió de ella para satisfacer su propio encono.

6. En efecto, recibieron desde luego orden algunos oficiales de pasar al frente de sus tropas á Fo-gan, y arrestar á todos los misioneros y á los cristianos que les daban asilo, apoderándose juntamente de los libros, escrituras, vasos sagrados, ornamentos, imágenes y cuanto tuviese relacion con la práctica del cristianismo. Escogió el virey para esta comision los mas feroces de sus oficiales, los que la cumplieron á medida de sus deseos.

Marcharon de noche y con tanto silencio, que entraron en Fo-gan sin que los cristianos tuviesen la menor noticia del eminente peligro. A vista de tanta gente armada sorprendióles el único temor de no poder esconder á sus pastores, cuya conservacion les era mas preciosa que todos sus bienes y aun que su propia vida. El obispo de Mauricastre encontró medio de mudar de asilo; pero reflexionando luego que esponia demasiado al que le habia recibido en su casa, salió inmediatamente de ella entregándose en manos de la Providencia, y resuelto á consumir su sacrificio y á sellar con su sangre la verdad que tanto tiempo anunciaba. Formar esta resolucion y ver su cumplimiento fue negocio de un solo instante, pues fue preso inmediatamente, á pesar del grito universal que conmovió á toda la ciudad. Mas como los discípulos del santo pastor estaban perfectamente instruidos en los deberes de su religion, se guardaron muy bien de rebelarse contra las órdenes del Príncipe, no obstante el vivo dolor que les oprimia. Todos sus movimientos, todas las efusiones de su corazon, todas sus palabras se redujeron en aquel terrible momento á repetir lo que en igual circunstancia decian los fieles de Acaya al prócsul Egeo pidiéndole la libertad del apóstol San Andrés: *Restituidnos al hombre justo, volvednos el santo, no hagais morir al hombre amado de Dios, lleno de justicia, de mansedumbre y de piedad.* Por su parte el prisionero de Jesucristo no cesaba de exhortar á los fieles á permanecer constantes en la fe y á no desconfiar de la Providencia, á la que bendecia él mismo en sus cadenas. Nada le hubiera faltado para el complemento de su

alegría si con su prision hubiese podido favorecer el retiro de los otros misioneros á quienes deseaba salvar la vida á costa de la suya propia; pero estaba destinada igual corona para todos, y los compañeros de sus fatigas y de su apostolado lo vinieron bien pronto á ser de su prision, quedando arrestados todos cinco en Junio de 1746. Apresaron tambien los satélites del tirano, sin que bastase á conmoverlos la afliccion y las lágrimas de aquel buen pueblo, á los principales cristianos de Fo-gan, entre los que se distinguieron una viuda y diez vírgenes de la tercera orden de Santo Domingo, las que cargadas de cadenas fueron encerradas en las prisiones de Fo-gan y trasladadas de allí á poco á la capital de Fo-Kien. Los duros tratamientos que las hicieron sufrir á vista de los demás cristianos no impidieron á éstos renovar sus instancias á favor de sus padres espirituales. Corrian de todas partes para verlos al menos por la última vez, postrábanse á sus plantas, besaban con respeto sus hábitos y cadenas, encomendábanse á sus oraciones, les presentaban algun socorro y pedíanles con humildad la bendicion.

7. El virey ó gobernador de Fo-Kien convocó á muchos mandarines y á todos los oficiales de su tribunal, é hizo que compareciesen sucesivamente los cinco misioneros. Se les interrogó con extraordinario rigor, y respondieron á todó con aquella modesta firmeza y confianza que les inspiraba la justicia de su causa. Justificáronse fácilmente de los inícuos proyectos que les imputaba la malicia del gobernador, y de las calumnias con que trataba de infamarles, á semejanza de lo que hicieron los

antiguos perseguidores con los fieles de la primitiva Iglesia. La conducta y franqueza de los misioneros era su mejor apología: declararon sin rebozo que el único motivo que les habia hecho entrar en el imperio habia sido el deseo de dar á conocer á los chinos el nombre y la Religion de Jesucristo: que su única ocupacion en la China habia sido predicar y establecer esta divina ley por la que estaban prontos á morir. Tan generosa confesion les grangeó el ódio de los jueces, los que desde entonces les miraron como reos dignos de experimentar todo el rigor de las leyes. Mas antes de que pronunciaran su última condena les hicieron padecer diferentes suplicios: heríanles con gruesos palos en la cabeza y en las espaldas; les arañaban la cara con puntas aceradas, y golpeábanles despues con una especie de guantes formados de cuatro pedazos de baqueta. Como el obispo de Mauricastre era siempre el primero á quien se dirigian los jueces, era tambien el que experimentaba primero la crueldad de los verdugos.

Pronunciaron finalmente los jueces la última sentencia, por la que condenaban á Pedro Mártir Sanz, obispo de Mauricastre, á ser degollado públicamente por manos del verdugo, *por haber seducido á los pueblos con una falsa doctrina*. Esta sentencia, confirmada por el tribunal criminal y ratificada por el Emperador, condenaba igualmente á los cuatro compañeros del santo obispo á ser decapitados; pero prevenia que el obispo debia morir inmediatamente, y que el suplicio de los otros cuatro seria diferido al tiempo ordinario de las ejecuciones. Quería sin duda dar á entender el perseguidor

con esta condicion que el obispo, cómo mas reo por ser cabeza de la mision, merecia ser tratado con mayor severidad; mas á pesar de la impaciencia del tirano, el santo prelado permaneció aun cerca de un año aherrojado en la oscuridad de la cárcel.

8. Llegó por fin el dia destinado para el suplicio: los cristianos que lo supieron con anticipacion le enviaron hábitos nuevos para el dia de su triunfo; y al recibir el santo confesor esta muestra de su caridad, les encargó que redoblasen su fervor y que no cesasen de rogar á Dios por él y por sus compañeros pidiendo para todos el dón de la perseverancia. Al separarse de sus hermanos les abrazó tiernamente, procurando él mismo consolarles con la dulce esperanza de que luego luego le seguirian. Conducido despues al tribunal para la intima de la sentencia, oyóla el confesor de Jesucristo, no solo con su ordinaria firmeza, sino tambien bendiciendo á Dios porque le concedia la gracia de morir por la confesion de la fe. Colgáronle al cuello la tablita en que se leía la causa y sentencia de muerte; y lo que los gentiles tenian por ignominia, mirábalo el santo como una corona. Marchó hácia el lugar del suplicio con paso intrépido, con el rostro sereno y rebosando de alegría, y con tal magestad que atraía sobre sí las miradas de la innumerable muchedumbre de fieles é infieles que le cercaban por todas partes, movidos unos por la piedad y la Religion, y otros por la curiosidad del espectáculo. Los idólatras no podian menos de admirar la constancia del mártir que los llenaba de confusion; y los cristianos se confirmaban mas y mas en su fe con el ejemplo del santo pastor.

Al llegar al patibulo repitiendo aquellas palabras de San Pablo: *He combatido, he terminado mi carrera, he guardado la fe*, arrodillóse, pidió al verdugo un solo momento para concluir su oracion, y mientras que en el ardor de su caridad rogaba por la iglesia de Fo-Kien y por sus mismos perseguidores, recibió el golpe que separó la cabeza de su cuerpo. De esta suerte murió á 26 de Mayo de 1747 el venerable Pedro Mártir Sanz, obispo de Mauricastre y vicario apostólico, hallándose en la edad de sesenta y seis años y nueve meses, despues de haber predicado por espacio de cuarenta años en España, en Filipinas y en la China las santas verdades que selló finalmente con su sangre.

9. Aunque los padres Serrano, Royo, Diaz y Alcover sobrevivieron mas de un año al santo obispo de Mauricastre, sin embargo no debe separarse su memoria de la del ilustre prelado. El primero de estos cuatro mártires, Francisco Serrano, nació en un pequeño lugar de la costa de Andalucía á cuatro leguas de Cádiz. Concluida su probacion y sus estudios, salió de España en 1725, y al cabo de pocos meses de su llegada á Manila, llamado por el padre Sanz, partió á Macao, y de allí á Fogan, donde llenaba ya las funciones del apostolado en 1727. Su celo, su valor, su prudencia, los talentos que manifestó en el egercicio del santo ministerio, su regularidad, su modestia, su desinterés y su caridad siempre activa le conciliaron la confianza de los nuevos cristianos y la veneracion de los gentiles. Atrajo un gran número de éstos á la fe, y no contento con haberles reengendrado en Jesucristo, trabajó dia y noche en confirmarles

y perfeccionarles en la práctica de la Religión que habían abrazado. Su conducta le hizo tan recomendable, que instruida la santa Sede de su mérito y de su virtud, lo elevó al obispado con el título de obispo de Tipasa, y lo designó por sucesor del prelado de Mauricastre en la dignidad de vicario apostólico de Fo-Kien.

Joaquín Royo, natural de la diócesi de Teruel, nació en 1690, y emprendió el viage de Oriente en 1713. Detúvose algunos años en Manila y en Canton, hasta que en 1722 fue llamado á la provincia de Fo-Kien, donde trabajó con incansable celo por espacio de veinticuatro años, quedando algunas veces solo en aquella mision durante las persecuciones. En efecto, cuando el obispo de Mauricastre pasó á Canton en 1728, y cuando en 1732 se vió precisado á retirarse á Macao con un gran número de misioneros, el padre Royo permaneció siempre asistiendo á los cristianos de Fo-gan, menos espantado del peligro á que estaba continuamente espuesto, que conmovido por el estado en que veía á aquel afligido pueblo. El Señor que le llenó de fortaleza en tan críticas circunstancias, hizo servir su ministerio para impedir la caída de algunos y procurar la conversion de otros; pues en el tiempo mismo que eran perseguidos los cristianos, convertíanse muchos gentiles y abrazaban fervorosamente la Religión.

Juan Alcover, nacido en Gerona en 1694, preparóse al apostolado en el silencio del claustro con la oracion y la práctica de todas las virtudes. Desde que conoció la voluntad de Dios por la de sus superiores, abandonó la pátria y se unió á la mision de dominicos que salió

de España en 1728. Poco despues de su arribo á Manila pasó á Macao, y de allí á Canton, de donde le envió el obispo de Mauricastre en 1730 al territorio de Fo-gan. Derramó el cielo sus bendiciones sobre las fatigas de este apóstol en el espacio de diez y seis años que empleó constantemente en la conversion de los infieles y en la instruccion de los nuevos cristianos. Su mérito le adquirió el título de vicario provincial de la mision de la China.

Francisco Diaz nació en Écija. Era aun muy jóven cuando le llamó el Señor á las misiones, pues antes de los veinticuatro años se hallaba ya en Manila. Al verle en Macao el obispo de Mauricastre, quedó prendado de la dulzura de sus costumbres no menos que del fervor de su celo, y se lo llevó consigo á Fo-Kien, donde le asoció al padre Serrano en el egercicio del santo ministerio. Cuando fueron arrestados en Junio de 1746 confesaron valerosamente delante del tribunal que habían convertido y bautizado por sus manos mas de mil y doscientos chinos en los ocho años que habían permanecido los dos juntos. Al tiempo de su prision contaba el padre Diaz treinta y cuatro años, el padre Serrano sesenta y uno, el padre Royo cincuenta y seis, y cincuenta y dos el padre Alcover. En el mismo dia del martirio del venerable Sanz, padecieron sus cuatro hermanos dentro de la cárcel un tormento cruel: con hierros hechos áscua les imprimieron en sus caras la sentencia de muerte en caracteres chinos. Desde entonces llevaron los santos confesores aquellas sangrientas señales como otras tantas prendas de su martirio, ó como un testimonio

que les decía continuamente que no pertenecian ya á la tierra sino al cielo , su única y verdadera patria.

En estos sentimientos pasaron los veintiocho meses que duró su prision en la capital de Fo-Kien , en cuyo tiempo les aumentaron repetidas veces y siempre con nuevo rigor los grillos y cadenas con que los ataron sus perseguidores desde el primer dia. Pero como nada puede haber que iguale á la fortaleza de un cristiano que vive por la fe , que posee la caridad y cuya esperanza está fija en el cielo , ningun tormento fue capaz de debilitar la constancia de los santos confesores que , fortalecidos por la gracia , mostraron constantemente un valor siempre igual y de todo punto heroico. Encontraban un manantial inagotable de consolaciones espirituales en la oracion , á la que se aplicaban dia y noche con tanto mas ardor , cuanto conocian que les era mas necesario el auxilio divino. Entretanto el virey , por un efecto de su barbarie , mandó separarlos , no solo para quitarles el consuelo de auxiliarse mutuamente estando juntos , sino tambien para confundirles con la turba de malvados que espiaban sus crímenes en las cárceles públicas. Ordenaron tambien el tirano y los otros mandarines , á causa de la conmocion que se habia observado en la provincia por la muerte del obispo de Mauricastre , que se procediese de un modo diferente , pero mas riguroso , en la egecucion de la sentencia de los cuatro confesores. Para dar un pretexto á esta innovacion , hizo el virey esparcir la voz de que se tramaba una conjuracion en Fo-gan , en Fo-Kien , en Chamy-Theov y en Hing-hoa , y que sus cabecillas eran los cuatro misioneros que se hallaban en las cárceles.

Mandó en consecuencia que fuesen sufocados todos cuatro en la noche del 28 de Octubre de 1748. Egecutóse puntualmente esta bárbara orden : el padre Serrano fue muerto en la cárcel del gobernador ; el padre Royo en la de la ciudad de Min , y los padres Alcover y Diaz en la del tribunal criminal. Así glorificaron á Dios aquellos ilustres españoles , siguiendo las huellas de los innumerables héroes de su misma nacion que les habian precedido en las fatigas del apostolado y en la palma del martirio.

En la misma noche y en el mismo género de suplicio murió tambien por la fe un catequista chino llamado Ro-Hoeitgin , y poco despues dos jesuitas , los padres Tristan de Attemis , italiano , y Antonio Henriquez , portugués. Otros muchos chinos sufrieron la cuestion y las torturas y confesaron el nombre de Jesucristo delante de los jueces , sirviendo su valor á confortar la flaqueza de los débiles. El temor arrastró á algunos hasta la apostasia ; pero la mayor parte de los caidos mostraron un vivo dolor luego que pasó la borrasca , y se sometieron voluntariamente á la debida penitencia. Volvió por último la calma , y los misioneros tornaron poco á poco á emprender sus penosas funciones. En medio de tantas alternativas de inquietud y reposo , ó de persecucion y de paz , continuó floreciendo la fe en aquel vasto imperio. Habia provincias donde se profesaba el cristianismo con toda libertad : muchos mandarines le favorecian , y aun algunos le profesaban públicamente , lo que no debe admirarnos si recordamos que una rama casi entera de la familia imperial habia abrazado la fe muchos años